# LA NOVELA PI

1
232186

# La amiguya de Cornalia



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL
25 cts
BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

por Fernando de la Milla

1

232186

47/148/400

AÑO III NÚM. 79

# LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

# LA MARQUESA DE HORNALIA

POR

## FERNANDO DE LA MILLA

*(Dibujos de Izquierdo Durán)*

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLÉRIDA
CALLE DE AYALA, 142.
MADRID

# ¡LECTORES!

Pedid todas las semanas la NOVELA PICARESCA. Todos los buenos vendedores deben tenerla; si no la veis expuesta, pedidla de todos modos, pues es obligación de ellos tenerla. Y si no os la quieren vender, id a otro puesto, hasta que la encontréis. ¡Ayudadnos contra el *boicot* que quieren hacernos varios puestos de periódicos de toda España!


R. 320F153

## I

Candela Obregón de Aguadulce, marquesa de Hornalia, tiró con displicencia el cigarrillo, apenas encendido, y propuso a su amante:

—Vámonos. No sé qué tengo esta noche...

Eugenio, alto, elegante, presumido, se atrevió a objetar:

—Se está aquí bien. ¿Dónde quieres que vayamos ahora?

—No sé... Por ahí... A mi casa, ¿no te parece?

—¿Estás nerviosa?

—Vaya..., no me obligues... Estoy... que te quiero mucho, amor mío...

—Bueno, lo que tú estás es para que te aten.

—Por ti.

—Hemos venido aquí porque tú me lo propusiste, y ahora... ¿Por qué no quieres bailar?

—Porque en este momento no deseo más sino que me quieras mucho...

Y volviéndose en su silla hacia él, lo envolvió en una mirada terrible de sus ojos verdes, al mismo tiempo que con su mano derecha le pellizcaba en un muslo.

—¡Mujer! ¿Estás loca? ¡Te ha visto el camarero!

—Me da lo mismo. Anda, vámonos. Esta terraza me es odiosa.

—¿Por qué quisiste venir?

—No sé... Además, esa música me crispa los nervios.

—¿No decías que querías cenar al aire libre en una terraza, y bailar, y jugar, y hacer locuras?

—Bueno, pues ahora no quiero hacerlas más que contigo.

Verdaderamente, había sido ella quien le había propuesto ir a cenar y pasar la noche a algún lugar "al que no fueran señoras". Le gustaban los ambientes equívocos... Ninguno mejor que aquel parque de recreo con su terraza, su sala de *bacarrat* y caballitos, su salón de baile y su público de señoritos juerguistas, cocotas y tahures.

* * *

Ya dentro del auto, ella le abrazó y después de besarle en la boca:

—Oye, ¿qué pensarías tú de mí—le dijo—si yo te propusiera ahora que, en vez de ir a mi casa, nos fuéramos a una casa de esas?...

—¿De mujeres?

—No, las conozco ya. Polito me llevó el verano pasado y no quiero acordarme... ¡Qué escándalo! Ahora, que lo pasamos muy bien... No, sin mujeres. Contigo solita.

—Si pudiéramos ir a un hotel... Pero en Madrid los hoteleros no han querido aún convencerse...

—No, no; nada de hoteles. Los conozco también. No es tan difícil ir a hacer el amor a un hotel como tú te figuras. Polito me ha llevado algunas veces...

—Pero, hija, ¡Polito te ha llevado a todas partes!

—¡Ay, a todas partes!... Bueno, no me hables de Polito... ¡Qué perdido, qué sinvergüenza! Pero ¡qué imaginación la suya para inventar extravagancias!

—Te advierto que yo de esas cosas conozco pocas...

—No te importe. Además, si me llevas a un sitio "bien", no tiene gracia. Un sitio pintoresco es lo que me interesa. Tampoco vayas a llevarme a una zahurda indecente.

Y se puso a canturrear:

"En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomaba yo."

Eugenio dió una dirección al "chauffeur". El auto enfiló la calle Ancha, y, antes de llegar a la glorieta de Quevedo, torció a la derecha y se detuvo frente a una casa con mampara de cristales.

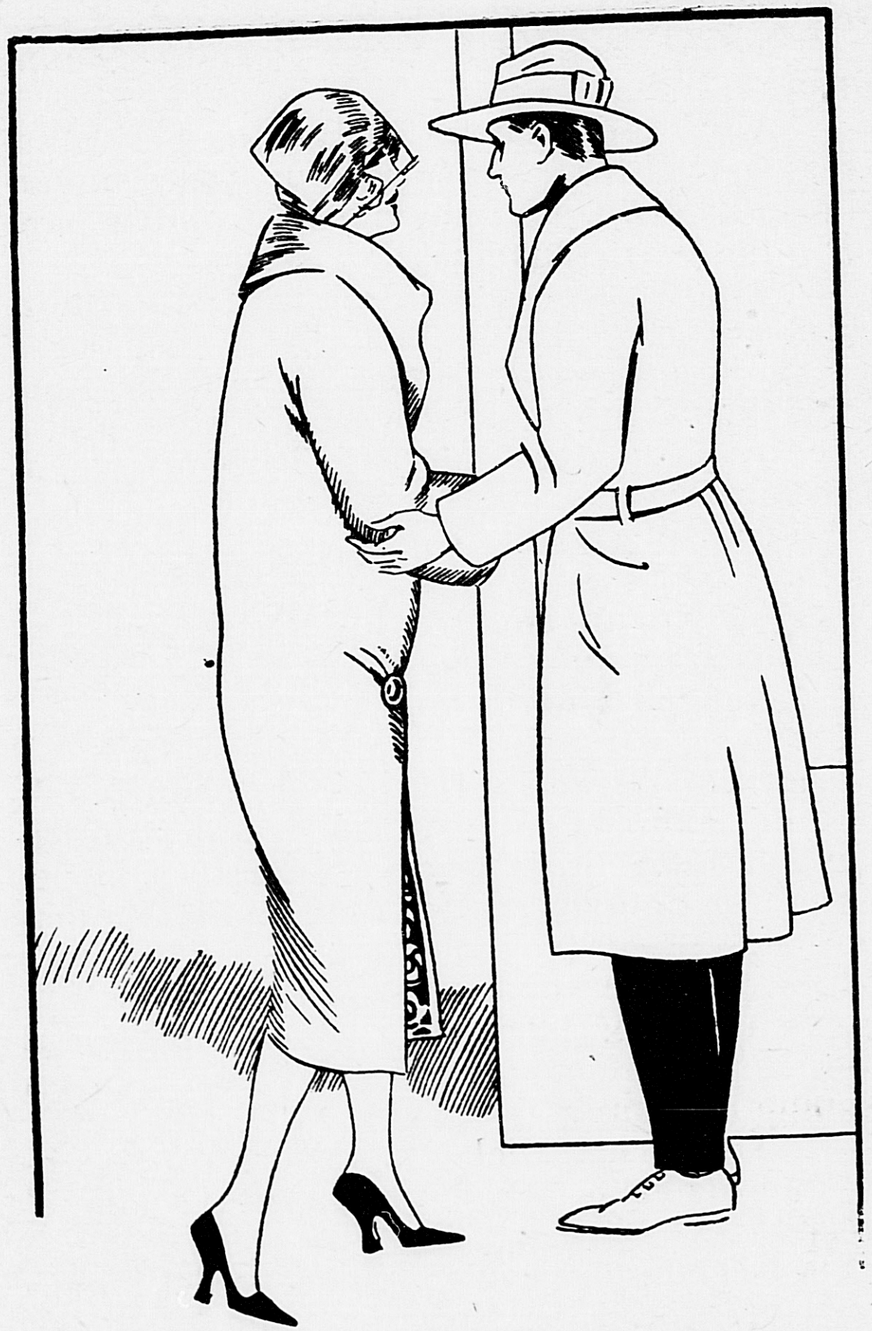
Ella no pudo por menos de exclamar:

—¡Chico, qué bárbaro! ¡Adónde me traes!

—¿No te lo decía yo? Si no te gusta... Aún estamos a tiempo.

—¡Ni soñarlo! Adelante. Espera un segundo, que me eche un velo... ¡Ya está! Dame el brazo...

Y estrechándose contra el cuerpo del amante, la marquesa de Hornalia, fina, delgada, nerviosa, empezó a subir las escaleras.



## II

—¿Qué te parece esto?

—No está mal—respondió Candelas—. ¡Las cosas que podría contarnos esta cama! Oye, una idea: ¿No podríamos mirar por algún agujerito? Una vez, en París...

Eugenio la interrumpió, al ver caer al suelo el vestido y emerger la escultura, velada por un "suspiro" de camisa negra.

—¡Ah! ¿Negra?

—Te aseguro que vas a estrenarla.

—Probablemente. No te la he visto nunca.

—Probablemente, no: seguramente. La compré hace tiempo y no me la he puesto hasta hoy. Me resulta de un cocotismo...

—Pues hace muy bien la seda negra con el rosa de la piel... Y hasta con las medias grises.

—Gracias, pero no es verdad.

—A mí me gusta.

—Con el rosa de la piel puede que sí, pero la mía es morena.

—No hace mal tampoco.

Hablaba Eugenio sentado en el diván, al otro lado de la cama. Candelas miraba a todas partes, indecisa, al parecer.

—¿Qué te pasa?

—Chico, la "toilette"... ¿Hay que hacérsela aquí mismo? No tiene cada alcoba su tocador aparte?

—Este, por lo menos, creo que no.

—Vamos, es una vergüenza. Mira, salte un momento.

—Vaya... ¿Ahora te va a dar vergüenza de mí?

—Es que es muy feo...

—Me vuelvo de espaldas.

—¿Y el ruido del agua y el jabón? ¡Ah! No, de verdad. Es odioso... Sal un instante, hombre. ¡Qué te importa!

Obedeció él de mala gana, y salió al pasillo. Doña Asunción, la dueña de la casa, alta y voluminosa, le hizo señas desde un pequeño gabinete. El respondió con un signo negativo.

—No seas pelma, hombre. Ven, que estoy sola.

Eran antiguos amigos. Eugenio, hombre prudente y económico, solía terminar en aquel módico albergue la mayoría de sus conquistas callejeras.

—¿Con quién vienes, golfo?

—¿Qué te importa?

—¿Quieres callarte? Ya sabes tú por qué te lo pregunto.

—¿Yo?

Se explicó la dueña. Si no venía con una mujer de mucho compromiso, o si, aun siendo de mucho compromiso, le gustaban ciertas cosas... Venía a su casa una viudita... Allí estaba ahora, precisamente... Un hechizo; rubia, blanquísima, veintitrés años. ¿La llamaba?

—¿Para qué?

—Tú vete con tu dama, y ella entrará luego.

—¿Quieres dejarme? ¿Con quién te figuras que he venido?

—Bueno, hombre... Es que como te conozco...

—Nada. Otra vez será.

* * *

—Hija mía, este Madrid se está poniendo imposible.

Le explicó la proposición de la dueña.

—No está mal—contestó riendo Candelas, ya tendida sobre la colcha celeste.

—¿No serás tú ahora la que me obligues a aceptar a la viudita?—preguntó Eugenio, despojándose de las últimas prendas y saltando a la cama.

Ella le atrajo hacia sí, y pasando su brazo hacia la cabeza de él:

—No, tú sabes que soy una mujer normal. Yo haré todas las locuras imaginables, pero con los hombres siempre.

—Menos mal.

—No seas grosero—y fingiendo repentinamente una infinita tristeza—; bueno, alma mía, de lo que yo quería hablarte... ¡Escúchame, Eugenio!... ¡Eugenio, yo soy muy desdichada!... Pero, ¿es posible, es posible que dentro de unos días tengamos que separarnos para siempre? Sí, para siempre, ya te lo he dicho: en cuanto te cases se acabaron nuestros enredos.

—No sé por qué.

—En primer lugar, porque yo quiero mucho a María Luisa, a pesar de que sé que es una de las más escandalizadas por mi conducta; y bueno está—que está muy mal—que la

traicione con su novio, pero con su marido no, de ninguna manera. Y después, porque yo no sabré resistir el espectáculo de vuestra felicidad y me iré de aquí, y volveré a viajar, a aturdirme, a no darme cuenta de que estoy sola, muy sola en el mundo. ¿Por qué te ríes?

—¿Por qué quieres que me ría? Porque me hace mucha gracia oirte fingir tan maravillosamente esas mentiras.

—¡Ah! ¿Vas a decirme ahora que no te quiero? ¿Que no me atormenta esta idea de verte casado y ser ya de otra, de otra? ¿Vas a decirme que no soy la criatura más infeliz de la Creación?

—Claro que voy a decirte todo eso. ¿Qué vas a quererme a mí, tú que no has querido a nadie?

—¿Tampoco quise a mi marido?

—¡Qué ibas a quererlo, si simultaneabas su cariño con tres amantes! Además, eres su asesina. Le hiciste polvo la médula.

—¡No! ¡No! ¡Calumnia! ¡Calumnia! Se mató él solito. ¿A quién se le ocurre casarse a sus cincuenta y seis años con una mujer de veintitrés, como tenía yo entonces?

—Nada. Ni quisiste a tu marido ni a ninguno de tus amantes, ni me quieres a mí ahora. Manías, caprichos, perversidad...

—¿Eh? ¿Yo una mujer perversa? ¡No me quedaba otra cosa que oír.

—Pues hija, sin tus... intranquilidades, sin tu continuo cambio de caballeretes, no habrías tenido que separarte de tu familia, para hacer esa vida absurda que haces, siempre sola; hoy aquí, mañana allí, como un marimacho...

—¡Sí, mi familia, mi familia!... Un padre como el mío, que se lleva las prostitutas a su misma casa; una hermana como mi hermana Isabel, que se fuga con el cochero... Yo siquiera no desciendo más abajo de los secretarios particulares...

—Verdaderamente... Es que te viene de casta.

—No te burles. Es verdad, pero es una desgracia como otra cualquiera.

—En fin, ¿has pensado ya en mi sustituto?

—¡Bárbaro! ¡Bárbaro! Por lo menos, no me negarás que la broma es de un gusto imperdonable. ¡Tu sustituto!... ¡Qué sé yo!... ¿Quién se resiste a ciertas tentaciones con la vida que yo llevo?

—¿Me perdonas?

—Te perdono porque te quiero mucho... ¡Malo! ¡Malo! ¡Y vas a casarte! ¡Y con una de mis mejores amigas! Es decir, ex amigas... ¡Me han abandonado ya todas! ¡Estoy descalificada! Tu misma María Luisa, mi mejor amiga, sé que dice horrores de mí.

—No. María Luisa sigue apreciándote... Ahora, que... No va a tu casa porque no la dejan. Además, que aunque uno no quiera, hay que transigir con ciertas convenciones sociales...

—¡Ah! ¿Te crees que soy yo la única?

—No eres la única. Pero nadie ha dado que hablar como tú ni como tu hermana Isabel..., ni como tu padre. Pero a tu padre se le perdona porque es un hombre, y entre hombres...

—Bueno, ¡basta, basta! Vas a echar a perder una noche como esta, en que... no sé...,

me parece que tengo el demonio en el cuerpo. ¡Ea! ¡Se acabó! ¡A querernos! ¡A querernos mucho! ¡A olvidar que dentro de unos días estos labios serán para otra! ¡Anda!... ¡Ven! ¡Abrázame fuerte! ¡Muy fuerte! No te importe hacerme daño.

—No sabes más que pedir. Tú, en cambio, no abrazas nunca.

—Porque gozo más y retardo mucho más el placer.

—¿Tú no abrazas nunca, nunca?

—¡Hombre, nunca!... A veces... Sobre todo, depende de la actitud. Si quedo debajo, prefiero no abrazar. Me quedo así, rígida, las piernas abiertas lo indispensable, y los brazos hacia atrás, agarrándome a la cabecera. Se elabora así el deleite con mucho más trabajo... Siente una ganas de abrazar, desde luego, pero resistiéndose, cuando llega el momento..., ¡es horrible!

Y en esa actitud la cabalgó Eugenio. Fué una cópula magistral, de verdaderos *dilettantis*, pausada, sin acometidas brutales ni movimientos excesivos. Pocas frases de amor; uno y otra orgullosos de su sabiduría, queriendo admirarse mutuamente en la realización de la obra perfecta.

Se empeñaban los dos a todo trance en retardar el placer, para lo cual ella estiraba el cuerpo más y más, y él concedía unas treguas, sabiamente espaciadas, al amoroso asalto.

Pero llegó un momento en que el deleite no pudo ser por más tiempo contenido. Sin embargo, se entregó Candelas al dulce invasor lentamente, cediendo palmo a palmo el terreno. Fué primero un leve temblor de los miembros, que se extendió luego al tronco, nervioso y fino. A medida que avanzaba el placer, se intensificaba el temblor, y así hasta el supremo instante, en que la soberbia escultura, imponente, alcanzó estremecimientos de demencia o de tierra herida por el rayo.

—¡Basta! ¡Basta!—gritó.

Arqueó el cuerpo para desprenderse del abrazo del amante, y Eugenio cayó pesadamente a su lado, como una res apuntillada.

## III

La marquesita de Hornalia vivía sola en un principal de la calle de Lista. Su padre vivía solo en un entresuelo de la calle de Serrano. Su hermana Isabel viajaba por aquel entonces por Europa con Manuel Chamijo, su cochero.

Pero Candelas, eso sí, ante el aluvión de desdichas y contrariedades que le depara el destino, decidió pasarlo lo menos mal posible. La barrera de los convencionalismos la habían roto, primero, unos cuantos antepasados, y ahora, su padre y su hermana, actuando cada cual según más convenía al exacerbado temperamento erótico de los Obregón de Aguadulce. En su vista, no había razón para que fuera ella la sacrificada, viniéndole, como veníale, tan de familia la incontinencia amatoria, y no siendo ella, ni mucho menos, la peor dotada de innatas facultades para cultivar el escándalo.

Su última complicación era con Eugenio Acebal, un hombre vulgar, un hombre insignificante, cuyas pocas energías mentales empleábalas en la confección del nudo de la corbata, en jugar al "tennis" y en devorar, sin digerir, todos los libros verdes de la biblioteca del Casino.

Candelas, por su parte, no estaba muy segura de las razones que le impulsaron a complicarse con Acebal. Tipo, fachenda, sí que tenía... Pero ¡bah!, ella podía señalar en su lista de amantes unos cuantos reales mozos, algunos, no ya mucho más reales, sino mucho más imperiales mozos que Eugenio. Nada. Decididamente, no sabría explicar el por qué. La casualidad... Las insondables determinaciones del destino.

Una noche fué él a saludarla a un palco del Reina Victoria. Estaba ella sola, y aburrida y sin ganas de acostarse temprano. Le propuso que la convidase a cenar, cenaron, y a las cuatro de la mañana, para completar la noche, se fueron a dormir juntos. Ni más ni menos.

Después..., el no resultarle antipático, el ser él cariñoso y el saber cabalgarla con cierta seguridad y dominio. Además, de facultades no estaba mal tampoco. Y por último, aquella necesidad, tanto de su espíritu como de su carne, de ser holgados continuamente y aquella propensión a creerse enamorada del último recién llegado que la tratase con cierta ternura y que tuviese o fingiese—le daba lo mismo—una gran comprensión para los extravíos de su vida libérrima, de mujer al margen, condenada por una sociedad que por todo transige menos con el escándalo.

* * *

Aquella tarde le había estado esperando Candelas, presa de una gran intranquilidad. Y precisamente había pasado con Eugenio una noche de amor inenarrable, y en su misma casa, en la de él, en su *garconnière* de la calle de Hermosilla, cuidada, amueblada y perfumada como un *boudoir* femenino. Candelas había vuelto a la suya a las diez de la mañana, después de desayunar líricamente su buen vaso de café con media en un establecimiento del barrio, muy pegada a "su Eugenio", las manos en sus manos, como una modistilla y su estudiante.

* * *

Eran las cinco. Acababa de levantarse. Los excesos de la noche la habían extenuado, y apenas llegó a casa, se acostó hasta las cuatro y media. Pero cuando a esta hora entró la doncella a despertarla, según la orden recibida por la mañana, anunciándole que ya estaba el baño preparado, Candelas no había logrado conciliar el sueño un par de horas. Era extraño... Creyó, al acostarse, poder dormir profundamente hasta que la despertaran... Y no pudo dormir apenas. Tal vez los mismos excesos... No sabía... Las mismas caricias de la noche fueron su obsesión... ¡Se había portado Eugenio como nunca! Y sobre todo, ¡qué animación, qué ruidosa alegría, que infantil alborozo en la dulce pendencia! Había logra-

do hacerle olvidar que dentro de diez días se le escaparía el amante para caer en los brazos de la legítima esposa. ¡Qué mimos! ¡Qué persuasivos halagos! ¡Qué emoción en la voz, en el acento, en la misma caricia.

¡Por fin! Le anunciaron que Eugenio aca-



baba de llegar, y entró corriendo en el saloncito, y riendo inconscientemente y de un salto, se le sentó en las rodillas.

—¿Qué te pasa?

—¡No sé!... ¡Que estoy muy contenta! ¡Que te quiero mucho! ¡Que me has hecho pasar una noche inolvidable! Y que... Te digo que no sé lo que me pasa... ¡Estoy loca! Precisamente la proximidad de nuestra separación debía entristecerme, y ya ves qué raro... Me alegro de que la revelación de que eres un hombre capaz de interesar verdaderamente a una mujer se haya producido anoche mismo, unos cuantos días antes de que termine nuestra aventura. Así me queda muy poco tiempo para desesperarme con la idea de que voy a perderte. Figúrate qué desgracia si el amante de anoche se me hubiera revelado al principio... ¡No quiero pensar en lo horrible de la separación!

—Entonces, antes yo no te interesaba un pepino. Ya lo sabía.

—No te enfades, pero es así.

—¿Por qué me lo has negado hasta ahora? No podía sorprenderme. Yo estaba convencido.

—Porque te hubieras enfadado. Los hombres pueden estar convencidos de que no interesan de verdad a las mujeres, pero luego se enfadan cuando ellas le confiesan que estaban en lo cierto.

El se echó a reir.

—Bueno, no hay quién os entienda. En fin, en este momento lo único perfectamente comprensible, porque salta a los ojos, es que estás monísima.

—¿Sí? ¡Mi rey! ¡Mi rey!

Y lo estaba. Parecía un monigote de bazar, con el pelo cortado y el pyjama de seda rosa y negro.

—¿Te gusta mi traje "de recepción"?

—Mucho.

—Yo creo que me sienta muy bien. Está visto que me gustan los pantalones hasta para ponérmelos. Oye, si supieras que no he podido dormir... No. De verdad. El recuerdo de las locuras que hemos hecho me tenía desvelada. Y es más... ¡Te esperaba, te esperaba con una impaciencia!... ¡Me has vuelto loca! Si no hubieras venido... ¡yo no sé, yo no sé! ¡Alma de mi alma!

—Eres de fuego.

—No sé... ¡Que te quiero hoy más que nunca!

Seguía sentada en sus rodillas, rodeándole el cuello con un brazo. Se estrechó más contra él, prendió sus dientes en los labios que ya se le ofrecían, y a ciegas buscó la mano diestra del amante, la apresó nerviosamente y la hizo desabrochar los botones del pantalón del pyjama. La mano obedeció, torpemente al principio, después con más destreza, apartó la camisa y acarició la rosa encendida del sexo.

—¡Eugenio!... ¡Mi vida!

El le deslizó unas palabras al oído, y ella respondió:

—No puede ser ahora. Acabo de levantarme y estará la doncella arreglándola... Aquí mismo... Espera...

Saltó de sus rodillas, cerró las maderas del balcón y corrió las cortinas de la puerta que daba al pasillo, ya cerrada.

—Ya está.

—¿Así? ¿A obscuras? ¡Ah, no! ¡Protesto!

—Un segundo. El tiempo de...

Temblando de impaciencia, a tirones, se deshizo el lazo de la cinta del pantalón, y en seguida, sosteniéndoselo con la mano izquierda, con un gesto delicioso y graciosísimo—parecía un golfillo supliendo con la mano la falta de tirantes—corrió a un extremo de la pieza y encendió una pequeña lámpara portátil que erigíase sobre un juguetero dorado.

—Así... Esta media luz, viciosillo, permite ver lo suficiente y no deja ver demasiado.

Y volvió presurosa hacia él, y después de dejar descender el pantalón lo suficiente, se sentó a horcajadas sobre sus muslos.

—¡Pues sí que es ocurrencia! ¡Con quitarte el pantalón de una vez!

—¡Tú qué sabes!... Además, que es un capricho. ¡Así!... ¡Ay, alma mía!... Deja que me abrace a tu cuello. ¡Y ahora, abrázame tú fuerte, muy fuerte!...

* * *

Media hora después, la doncella, con grandes precauciones, pedía permiso para entrar. Traía una carta.

Eugenio bromeó:

—¿Del amante, perjura?

—Puede—contestó ella con un mohín delicioso.

La carta decía así:

"Sabíamos ya, desdichada, que eras una histérica más digna de compasión que de desprecio. Lo que no sabíamos era que, además de histérica, eras una mala persona. ¿No has podido escoger para tus porquerías más que a un hombre que está en vísperas de casarse?

¿Es tu venganza para con las mujeres decentes?

"Lo supe por casualidad; luego le hice a él cantar de plano. Le sonsaqué, asegurándole que, después de todo, sus enredos contigo no tenían la importancia de los enredos accidentales de un soltero con una prostituta. ¡Y por él mismo he sabido cosas estupendas! Verdaderamente, eres una mujer admirable. No se encuentra, no, una ramera de tu calibre, así, al revolver de una esquina. ¡Lo que nos hemos reído a tu costa!

"Claro, que ya a él lo he mandado a paseo. A tí... te mando ésta para tu satisfacción y para que sepas que puedes guardarte el amante, si él quiere, toda, toda la vida.

*M. L.*"

Candelas, en un esfuerzo supremo de toda su voluntad, leyó la carta hasta el fin sin pronunciar una sílaba. Después se la alargó a Eugenio.

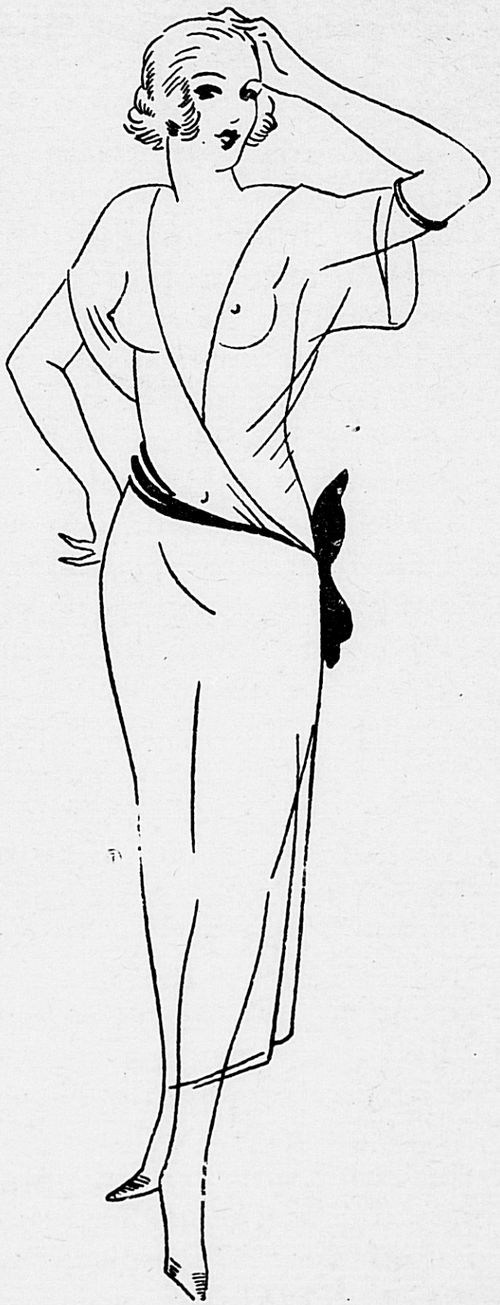
—Toma. Lee eso.

Mientras él la leía, oprimió el botón del timbre. Acudió la doncella, le dijo que llamase a Juan, y cuando se presentó Juan, alto, decorativo, con sus dos canosas patillas descomunales, le ordenó con una sonrisa:

—Acompañe a este caballero hasta la puerta.

## IV

¡No, no, había que vengarse de alguna manera, y vengarse de los dos! De ella, por el insulto soez, infamante; de él, por su deslealtad y su cobardía. ¡Y ella que había empezado a creer en la comprensión, en la bondad, en la ternura de aquel miserable! ¡Y que hasta tuvo momentos en que se sintió desdichada ante la idea de la separación inminente! ¿De manera que sus intimidades con él pasaron a ser luego un tema de conversación de los novios mientras María Luisa, para sonsacarle, fingió no dar importancia a la ocurrencia? Un tema gracioso, pintoresco. Y hablaba la señorita de las mujeres decentes. No, no negaba Candelas, como la mayoría de las *declasées*, la honradez y decencia de todas las demás. Pero en el caso de María Luisa tenía razones para creerla, como a muchas, una mujer decentita . . . ,



porque no se le había presentado ocasión de dejar de serlo. ¡Oh, si ella pudiera!... ¡Si ella pudiera!...

* * *

Fué una labor larga, minuciosa. Primero, unas cartas—sin contestación por parte de María Luisa—en que Candelas se quejaba humildemente del tono despiadado de la carta insultante: Ella no había escogido a un hombre en vísperas de casarse—le decía—, y mucho menos por el placer de hacer daño. Había sido la casualidad, el azar del destino. Reconocía, sí, el oprobio de su vida, y aceptaba la descalificación, la postura al margen de ella y su familia. Pero, de cualquier manera, su conducta merecía un poco de piedad... Acaso fuese una enferma, una víctima de no sabía qué leyes hereditarias. Aquella carta le había producido el mayor dolor de su vida. Para nada aludía a la conducta embustera y cobarde de Eugenio. Sólo decía que, con la recepción de la carta, habían terminado sus relaciones con él, y que lo había hecho así para probarle a ella que su intención no había sido nunca la de causarle el menor daño, y por si de aquel modo reparaba en parte el que, sin querer, le hubiera ya producido.

Le pedía perdón en nombre de su antigua amistad rota—decía ella que se lo figuraba—, más que por propia voluntad de María Luisa, por necesidad de satisfacer ciertas exigencias sociales... Una idea. ¿Por qué no se veían las dos en algún lugar reservado? Quería hablarla, convencerla de que *el monstruo* no lo era tanto como se decía, y de que en su corazón no se había extinguido el purísimo sentimiento de amistad que había sentido siempre por ella.

Esgrimía para su venganza un arma raras veces falible: el de la curiosidad femenina. Sabía ella muy bien que a María Luisa le interesaría profundamente un rato de charla con *aquella vergüenza de mujer*, un rato de charla a solas las dos, después de tomadas las precauciones necesarias para que no se supiese en manera alguna que ella tenía el menor trato con la de Hornalia. Seguramente, entre fingidos gestos y aspavientos de honor, entre todo un falso espectáculo de rubores, la escucharía encantada el relato de algunas de sus más ruidosas aventuras.

En efecto, consiguió la primera entrevista un atardecer, casi de noche, en un rincón del Parque del Oeste. Se reconciliaron las dos amigas. María Luisa venía horrorizada. ¡Si la veían!... Candelas debía perdonarle este miedo a ser vista con ella, pero su reputación... Entonces supo Candelas que el noviazgo de Eugenio con su amiga había vuelto a reanudarse. No estaban los tiempos para desperdiciar ocasiones y partidos como el de Eugenio. Le quería, sí, pero además era una buena boda; él era rico, hijo único, un apellido ilustre... Candelas se *alegró* infinitamente. ¡El peso que tenía ella sobre su alma por haber deshecho la felicidad de su mejor amiga! ¡El alegrón que recibía al saber que se había reparado el daño que—¡se lo podía jurar!—inconscientemente le había causado!

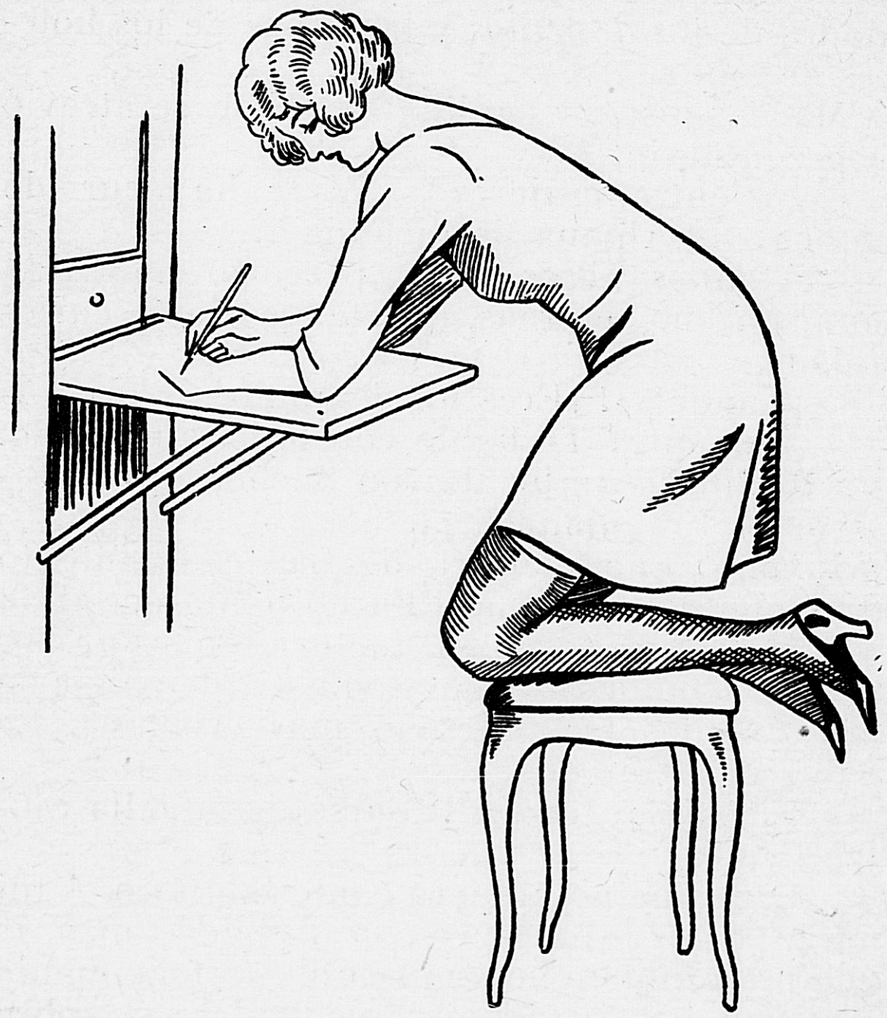
Mentía, mentía... No perdona tan fácilmente el insulto un alma ofendida de mujer. Alegrábase, sí, porque aquella reconciliación de los novios haría más completa su venganza. Además, ni una ni otro merecían piedad. Ella, en otro tiempo su mejor amiga, había sido después la más implacable en condenar su vida y sus escándalos. El había hecho mofa con la novia misma del amor—aunque fuese pasajero, aunque no fuese amor, manía, capricho—de la amante. Y si María Luisa la perdonaba ahora, en primer lugar era porque no le interesaba de él el hombre, sino *el partido,* y después, por su curiosidad morbosa, por conocer detalles de aquella vida de amor, de aventura y de escándalo.

Después de algunas entrevistas en lugares apartados y discretos, logró Candelas que María Luisa *se arriesgase* a ir una tarde a su casa... a tomar una taza de té...

## V

—¡Es horrible! ¡Es horrible! ¡Pobre Candelas! ¡Qué horror!

Eran los comentarios de María Luisa en el *boudoir* de la de Hornalia a la aventura que Candelas acababa de narrarle. Una aventura en París con su amante de entonces y un amigo de éste, un pintor de Montmartre, en un lupanar hediondo de los suburbios... Ella había exagerado los detalles lascivos para excitar más a la amiga, para precipitar el fin de su venganza. Eran las seis de la tarde, y pocos minutos le quedaban para que su labor de tantos días no fracasara por completo. Antes de las seis y media, María Luisa debía estar



reducida a su capricho, porque hacia esa hora debía producirse el efecto final, para lo cual ya había instruído a su doncella. No, no era su probable víctima una viciosa; por eso tenía que conducirse con muchas más precauciones.

Era... una mujer como muchas, curiosa de escabrosos lances, un poco envenenada por ciertas eróticas lecturas y por la charla libre del gran mundo en que vivía, por las promiscuidades de los *dancings* y las cenas de los hoteles de moda.

María Luisa, encendida de rubor, se atrevió a preguntarle:

—¿Y entre mujeres? ¿No te ha ocurrido nunca?... ¿Alguna desdichada?...

—Algunas veces, sí...; pero no he caído nunca. Y no te creas, que tengo cierta curiosidad...

—¡Candelas! ¡Eres un demonio!

—¿Por qué? Te hablo con toda sinceridad. En Berlín, la mujer de von Sachen, un secretario de Embajada...

Inventó una mentira de frustrado intento de violación lesbiana. Ella no había accedido —contaba—porque la seductora tenía una horrenda reputación de masoquista, de exigir de sus amantes las prácticas más crueles... Le había dado miedo.

—Entonces, ¿de no tratarse de aquella mujer?...

—Creo que no hubiera caído tampoco. A mí me ha bastado siempre con un buen mozo, lo que no impide que comprenda perfectamente el amor entre dos mujeres bellas, y, sobre todo, muy femeninas. El hombre es el placer violento, fuerte, agresivo... La mujer—yo no sé, me lo figuro—debe ser el placer hecho ternura, suavidad, caricia inefable...

—¡Qué ocurrencia!

—Y me figuro todo esto por la sensación que he experimentado con los besos de algunas mujeres, de algunas amigas.

—¡Ah! ¿Pero...?

—No, no seas maliciosa. Esos besos que nos damos las mujeres delante de todos, al saludarnos y despedirnos. Lo que pasa es que algunas los dan..., vamos, que es una indecencia. ¿Tú no lo has observado?

—No.

—¿A ti no te han besado nunca así? Pues mira, es algo inconfundible... Mujer. que me ha besado a mí de este modo, mujer, casi siempre, de la que luego he sabido...

—Pero ¿qué hacen?

—No sé. Una cosa extraña. Verás... A ver si acierto... ¿Quieres que te bese?

—¡Oh!

—Mujer, conmigo no hay cuidado...

Sin esperar el asentimiento categórico, se fué hacia ella, la hizo levantarse, la abrazó estrechamente, aplicando un cuerpo contra el otro, y apresó los labios de María Luisa en un beso infinito...

—¡Oh, Candelas! ¡Déjame!

No podía hablar, las sílabas estrangulándosele en la garganta.

Pero Candelas volvió a besarla en la boca, en la nuca, en el cuello, y a mordisquearla el glóbulo encendido de la oreja...

—¡Oh, qué me haces!

—¿No te enfadas, verdad? ¡Perdóname! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te deseaba, alma mía!

Abrazada la condujo hasta el diván, la tendió en él y se arrojó sobre ella.

—¡Bésame! ¡Bésame tú como yo a ti!...

La desabrochó la blusa y hundió en su boca un pezón erguido y tembloroso.

—No lo dirás a nadie. Te juro que este deseo has sido tú la única que me lo has inspirado.

Se alzó su falda y levantó hasta la cintura la de María Luisa, y aplicando un sexo contra



el otro, inició la cópula monstruosa y abominable.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Instantes después rechinaba el pestillo de la puerta que daba al comedor, y tras la tupida cortina de terciopelo aparecía Eugenio en escena.

Gritos, exclamaciones de estupor, feroces insultos del novio ultrajado, ¡y la venganza de Candelas integralmente cumplida!

## VI

Al día siguiente recibía Eugenio esta carta:

"Amigo Eugenio: ¿Comprendes ahora para qué te cité ayer tarde con tanta insistencia en mi casa? Después de tu salida trági-cómica del *boudoir*, maldiciendo de mí, de la falsía de las mujeres y de todo lo creado, María Luisa, como era lógico, me insultó también, me llamó mala amiga, monstruo y otras cuantas lindezas.

"Al fin y al cabo, tenía razón. Pero como también en lo ocurrido llevaba ella la peor parte, acabó por suplicarme que lo olvidara todo y por asegurarme que fiaba en mi discreción y en mi bondad. Tu discreción y tu bondad debe suponérselas, por lo visto.

"El objeto de esta carta es el de servir de comentario a la "escena terrible". Ya ves en lo que paran muchas virtudes en cuanto se les presenta una ocasión propicia. Yo no niego que hay muchas mujeres decentes en el mundo, y hasta te digo—sin ironía—que mi mayor dolor es no ser una de ellas. Pero sí me permito pensar que hay un gran número de mujeres indecentes—como yo—porque se concordaron muchas causas y concausas para que lo fueran.

"Y ahí lo tienes. Yo no escogí para mi experiencia a una viciosa, a una degenerada.

Elegí a una mujer normal, un poco débil, como casi todas, y la puse en trance de tener que resistir con todas las fuerzas de su virtud... No pudo... ¡Qué vamos a hacerle!

"Para ser justa en todo, debo decirte que cayó momentáneamente en esa falta repugnante, no por inclinación natural, sino porque la oportunidad del pecado se presentó revestida de aquella forma de degeneración.

"Y nada más. No la perdonarás porque eres un mentecato. Yo te aseguro que, a pesar de lo que viste, te casarías con una mujer decente. Cayó en la falta por curiosidad y por flaqueza, por lo que caen todas las mujeres.

"¡Flaqueza! ¡Flaqueza! A ver si desde ahora no volvéis a hacer escarnio de las de esta desdichada.

*Candelas.*"

Imp. de la Viuca de A. G. Izquierdo.—Doctor Mata, 3.

# ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

55.—*La Sulamita*, por E. Renán, traducción de G. Olmedilla.
56. - *Después de probarlo todo*, por Fernando de la Milla.
57.—*A buen diente...*, por Fabricio del Dongo.
58.—*La prima Ramona*, por Ramiro Gijón.
59. - *La mujer de tu prójimo*, por Juan G. Olmedilla.
60.—*La caída de Serafina*, por Fabricio del Dongo.
61.—*El cuarto de hora*, por A. Martín Becerra.
62.—*Los novios de Florita*, por Juan Amador.
63 —*Se necesita una lectora*, por Fausto Gerardo.
64.— *La masajista de señoras*, por F. de Valdemar.
65.—*Tita Rosario*, por Fernando de la Milla.
66. - *La fumadora*, por Severo Morales.
67.—*Una aventura a bordo*, por el Duque de Winter.
68.—*Es fácil conquistar una mujer*, por Roberto Valdés.
69.—*Yo no sé nada*, por Aurelio G. Carreras.
70.—*La doncella lo rompió*, por Gonzalito y Salas.
71.—*Cuestión de catre*, por Juan Caballero Soriano.
72.—*La suerte de Pascuala*, por J. Ledesma.
73.—*El divino dominio*.
74.—*¡Buena mano derecha!*, por Juan G. Olmedilla.
75.—*La boda de Cuerno de oro*, por Severo Morales.
76.—*Un martes 13...*, por Nicolás de Salas.
77.—*Aventuras de un miembro...*, por Enrique Domenech.
78.—*Todo un hombre*, por Fernamdo de Santillana.

---

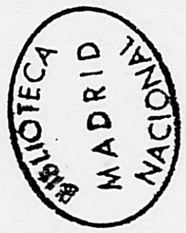
**Remitimos los números publicados previo envío en sellos de Correos, Giro postal o a reembolso, al precio de 25 céntimos.**

# R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR

FABRICA DE SELLOS
DE CAUCHO

**Grabados en metales. — Marchamos de plomo y acero.**




**Fuentes, núm. 7**

**Teléfono 145 M.**

**MADRID**


En el número próximo aparecerá una obra, descomunalmente graciosa y picante, titulada

# LA GARAÑONINA

POR EL GRAN

## "GONZALITO"

*(Dibujos de Izquierdo Durán.)*

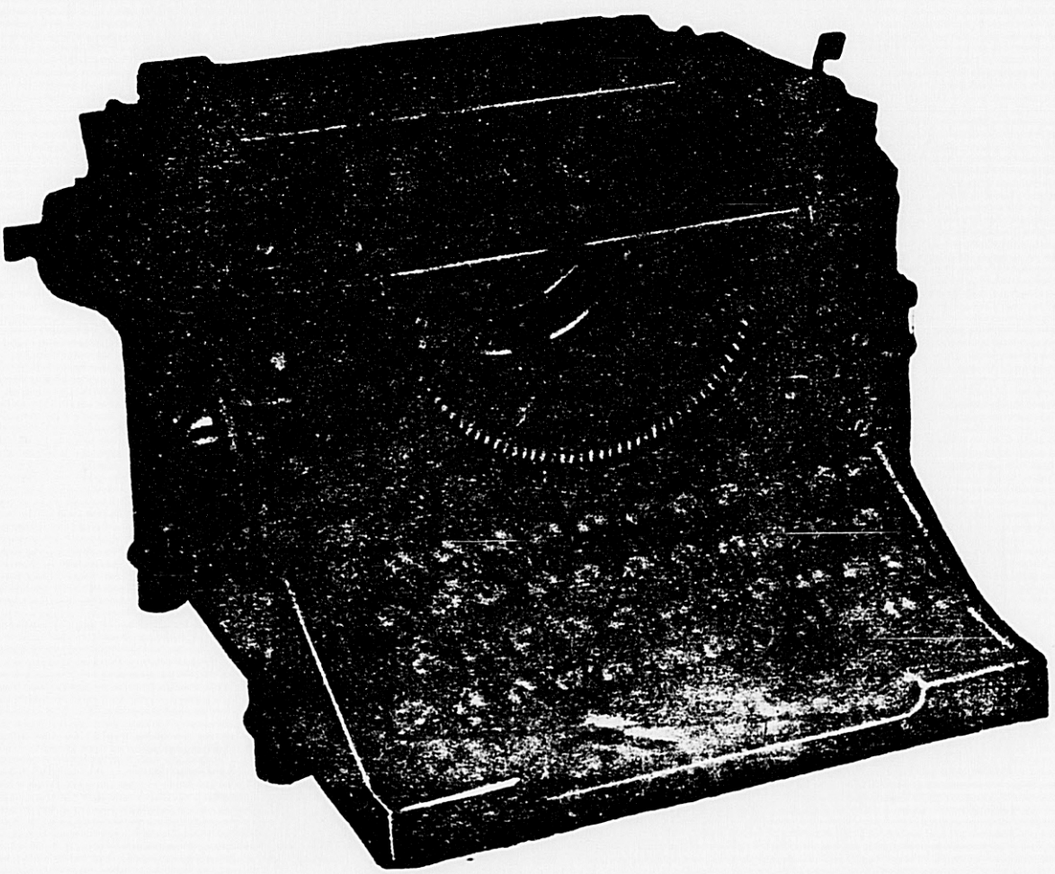

ENTIMOS

ODA ESPAÑA

MAQUINA DE ESCRIBIR

# UNDERWOOD

MODELOS MODERNOS



Alcalá, 39. - - MADRID

EN BARCELONA Balmes, 7